



ÁREA 3. CUADERNOS DE TEMAS GRUPALES E INSTITUCIONALES (ISSN 1886-6530)

www.area3.org.es

Nº 18 – Invierno 2014

Clínica grupal psicoanalítica/operativa y “emergente”¹

Rosa Gómez Esteban²

*“Las palabras son hechos... el hombre no es más
que la serie de sus actos...” (Hegel)*

En la clínica grupal el grupo es un potente agente terapéutico al generar vínculos visibles e invisibles entre los integrantes que posibilitan la expresión de múltiples relaciones transferenciales entre sus miembros y la producción de nuevas relaciones interpersonales y grupales que se irán multiplicando a lo largo del devenir grupal.

En mi trabajo "Factores terapéuticos en la psicoterapia psicoanalítica de grupo" describo esta trama de vinculaciones y relaciones transferenciales como complejas y múltiples, y señalo cinco tipos: verticales (con el equipo coordinador), horizontales (de los miembros entre sí), circulares (con el grupo), transversales (con lo institucional y social), y transferencias hacia la “tarea”. Esta “transferencia múltiple grupal” va conformando una red de relaciones, una retícula de vínculos interpersonales, por ello podemos decir también que es una “transferencia grupal reticular”. La elaboración de estas transferencias múltiples y complejas son fundamentales para el proceso de elaboración grupal y personal.

Dentro de la clínica grupal el “emergente” es un concepto fundamental, que por otro lado, es el más singular y propio de la Teoría Operativa. Mientras que la tarea es el elemento que instituye el grupo, el “emergente” posibilita la interpretación

¹ Trabajo presentado en las Jornadas sobre “Emergente”, organizadas por **Área 3** y la **Scuola Bleger**, Madrid, 30-31 de mayo de 2014.

² Rosa Gómez es psiquiatra. Madrid

y el análisis del proceso grupal, es el elemento que apunta a los contenidos latentes de la experiencia grupal, a algunos de los múltiples significados que irán convergiendo en una dirección para ese grupo.

Antes de centrarme en el concepto de emergente y en su relación con el discurso grupal, deseo señalar que en nuestra metodología grupal no nos referimos a un inconsciente grupal, sino a un "latente grupal", a aquello que no es consciente en el proceso grupal. En este punto recordar que Freud descubre bajo el nombre del inconsciente que en la historia de cada sujeto hay palabras que fueron decisivas, y que son esas palabras del discurso de los padres las que marcan al sujeto; dicho de otra manera la palabra queda afectada, es decir, el significante penetra en nuestro cuerpo y sentidos modificando los sentimientos. Freud insiste en que el niño antes de nacer es precedido por el discurso de los otros, el de los padres, por tanto, el inconsciente no es el lugar de los instintos, sino ese saber no sabido por el sujeto, ese saber conformado por la manera en la que éste ha sido hablado por el discurso familiar.

En la clínica grupal, la elección de los emergentes que surgen de la asociación libre del sujeto/s del grupo posibilita el conocimiento del latente grupal y del inconsciente individual; es a partir de las palabras, frases, lapsus, síntomas y sueños de los sujetos en el grupo como el equipo coordinador realiza sus intervenciones que permiten establecer nuevas conexiones y relaciones en los relatos y acciones de los integrantes. Las nuevas conexiones y articulaciones entre los "emergentes" además de propiciar el conocimiento del latente grupal y del inconsciente individual permiten el surgimiento de nuevos modos de relación con los otros que ayudan a una mejor elaboración de la tarea.

El equipo con sus intervenciones promueve cambios que permiten una mayor flexibilización de los sujetos y de la estructura grupal, una disminución de los mecanismos defensivos, prejuicios y estereotipos. A lo largo del devenir grupal, mientras algunos modos de relación permanecen anclados a los modelos previos constituidos en sus grupos familiares, también van a surgir nuevas posiciones del sujeto/s en su relación con los otros. Es la interrelación "entre" los integrantes, "entre" éstos y el equipo coordinador, y "entre" los tres polos que estructuran la instancia grupal (grupo-coordinación-tarea) lo que va generando los movimientos y cambios en la estructura grupal y en el psiquismo de cada integrante.

1.- El "emergente" en la teoría operativa de grupo

Pichon-Rivière, creador del grupo operativo, en 1969 define al emergente como acontecimiento, y "signo" (en "Estructura de una escuela destinada a la formación de psicólogos sociales"), plantea, por un lado, que es "el *acontecimiento sintético y creador que aparece como respuesta a la interpretación*", y, por otro, que es signo de la enfermedad del grupo familiar, dicho en otras palabras, que el paciente es emergente y portavoz de la enfermedad del grupo familiar. A partir de los setenta diferencia el emergente del portavoz (en "Transferencia y contratransferencia en la situación grupal"), y se refiere a él como una cualidad nueva, como un signo que remite a lo implícito de la interacción grupal. Para el

autor, el emergente es el tercer elemento de lo que denomina “unidad de trabajo”, el primero es el “existente”, que es la situación dada en el grupo (que abarca tanto lo explícito como lo implícito), el segundo, la interpretación, que es el factor que promueve el cambio, y da lugar al tercer elemento, el “emergente” que a su vez será el nuevo existente de la próxima situación grupal. Podríamos decir que para el autor en la dinámica grupal se observan unidades de tres elementos que se repiten: existente-interpretación-emergente; siendo el emergente la respuesta integradora del grupo, al explicitar lo implícito de dicha dinámica.

Bauleo (1974) junto a Pichon-Rivière vuelve a remarcar que el emergente es un “signo” que muestra la verdad del sujeto, la historia del grupo, del equipo coordinador, y la inserción del grupo y del equipo en la institución. Y hace hincapié en que el emergente puede ser un síntoma, un individuo o un hecho; señala que sería el elemento a partir del cual adquiere sentido la situación. Considera que el emergente es un efecto de la estructura grupal, el elemento que marca la discontinuidad, serían como puntas de iceberg que surgen en lo manifiesto y denuncian la existencia de la latencia grupal; añade que en el mismo es preciso buscar el por y para qué/el cómo/el objeto-fin y el significado. Aclara que cuando se refiere a un sujeto, es aquel que por su historicidad como individuo, se ha comprometido con el grupo y ha enunciado lo que está en juego en la dinámica grupal.

El emergente también es un “signo” para Quiroga (1998), que implica un significante y un significado, siendo el significante el hecho observable que remite al proceso que debe ser indagado, y que remite a una red causal que trasciende ese hecho (lo familiar, institucional e histórico-social). También Gear y Liendo (1974) hace hincapié en esta multicausalidad, y considera al emergente expresión de una múltiple “presión”: los otros miembros del grupo (lateral), la estructura individual (vertical), la tarea, el coordinador y, la estructura institucional y social donde el grupo está inserto.

Las determinaciones institucionales y sociales sobre el sujeto y los grupos, también son conceptualizadas por Guattari (1976) en su término “analizador”, que tiene analogías con nuestro concepto de emergente. Y define el analizador como aquello que no le permite al grupo ocultar más su verdad, añadiendo que es expresión de la estructura institucional y social. Con su concepto de “transversalidad” muestra que la dimensión social es fundante del sujeto.

La noción de emergente sustituye a los clásicos causa/efecto de la mecánica para Caparrós (1975), la restringe a aquellas expresiones verbales o extraverbales que se relacionan con la tarea y cuya identificación permite concretar los puntos de inflexión del proceso grupal. Por otro lado, considera que los emergentes afectan a todo el grupo, a diferencia de Kesselman que afirma que pueden representar sólo a algún subgrupo del mismo. A su vez, Scherzer (1987) insiste en que el emergente muestra la articulación entre la historia individual y la del grupo, que es expresión del momento de cruce entre verticalidad (historia del sujeto) y horizontalidad (grupal). Lo define como una “formación grupal” para no confundirlo con el producto obtenido al llevar a cabo el trabajo grupal; y considera que la intervención terapéutica ha de realizarse sobre la situación emergente, que apunta al discurso y a la actuación.

Para Baz (1994) la noción de "emergente" remite a los elementos estructurales que sostienen el movimiento del grupo frente a la tarea, son las cualidades nuevas que aparecen en el discurso y que configuran una trama, aunque también hagan referencia a dimensiones subjetivas. El material del grupo para hacerse inteligible ha de traducirse en "emergentes" que no se deben confundir con la expresión verbal ni con el portavoz. En su texto "Análisis del discurso" considera que el emergente es el principal instrumento analítico, y por eso no puede "darse por hecho"; añade que los emergentes han de funcionar como hipótesis operativas sobre los contenidos latentes del texto, siendo el listado de dichas hipótesis lo que denominamos "lectura de emergentes".

Los emergentes como "signos" y cualidades nuevas, que desde lo explícito remiten a formas implícitas de interacción grupal, también son definidos por Lipper (2012) y Bernstein. El primero denomina emergente a la nueva situación grupal, a lo novedoso vinculado a lo verbal o no verbal, que es expresada a través de uno o más portavoces; considera que es desestructurante al ser un momento de encuentro y reencuentro que recoge los momentos de expresión de los conflictos básicos. A su vez, Bernstein señala que el emergente es signo en la medida en que permite descifrar la significación de lo que sucede; es signo tanto del proceso de desestructuración de una situación previa como de la reestructuración de otra nueva.

Schvarstein relee a Pichon y señala que el dominio de existencia del grupo es el de los vínculos entre sus integrantes; y, por tanto, las propiedades que pertenecen a un grupo se caracterizan por las relaciones que se establecen entre ellos. Describe cuatro elementos que pueden ser indicios de lo latente: lo omitido, lo redundante, lo contradictorio, y lo insólito como ruptura de lo cotidiano. Estoy de acuerdo con el autor cuando afirma que el emergente aunque haya sido definido como "signo" se ha de tomar como "significante", ya que no puede constituirse como signo hasta que no se le asocie un significado; y que la interpretación es un proceso de simbolización, en la que lo significativo no es el acontecer mismo, sino la mirada que el observador le dirige.

2.- El emergente es un "acto de discurso"

El emergente grupal ha sido definido como signo de un proceso implícito por Pichon, Bauleo, Quiroga, Lipper, Bernstein, Caparrós, Kesselman, y Foladori, entre otros, signo del latente grupal. Todos estos autores también hacen hincapié en que es una cualidad nueva, un acontecimiento, algo que ocurre en el campo grupal diferente a lo anterior.

Para repensar el concepto de emergente me interesa la idea de que el emergente es una formación grupal de Scherzer, y la acepción de Bauleo, junto con de Brasi, de 2010, cuando lo denomina "hecho o trozo de discurso" aunque prefiero pensar el emergente como un "acto de discurso"; ya que, por un lado, el emergente es un acto de habla, y, por otro, está inserto en un discurso conformado por el grupo. Para hacer esta afirmación me baso en el texto de Austin, "Cómo hacer cosas con las palabras", en él señala que las palabras son actos de habla y sirven para realizar algún acto, además del acto de pronunciarlas. En su análisis de los actos de habla, señala que la mayor parte de las expresiones que usamos se utilizan para hacer

algo por medio de ellas; subraya que son expresiones en primera persona y que son dichas para hacer el acto de que se trata. Entiende los actos de habla como los tipos de actos que realizamos, implícita o explícitamente, por medio del lenguaje. Por otro lado, también son de interés las aportaciones de Searle (en Giner Ponce, 1998), quien afirma que hablar un lenguaje consiste en realizar actos de habla de acuerdo con reglas. El autor considera que no hay separación entre los actos de habla y los compromisos que forman parte de ellos, ya que son compromisos con una comunidad lingüística.

Volviendo a la clínica grupal, en nuestro trabajo con grupos terapéuticos es fundamental saber identificar los emergentes, y una vez identificados seguimos la regla de oro de Pichon, como dijera Bleger: “respetar el emergente del grupo”. Con Bauleo aprendimos, como Jasiner lo hizo con Pichon, a escuchar lo que viene antes y después en el discurso grupal; también aprendimos, aunque expresado de otra manera, que sólo se es portavoz del grupo si se enuncian significantes que pueden ser escuchados en una cadena significativa.

Para repensar el concepto, partimos de la idea de que el emergente en su acepción más amplia hace referencia a los enunciados con los que un miembro se dirige a otro, que a su vez son respondidos con nuevos enunciados y/o acciones por su parte o por otros, y estas distintas intervenciones e interacciones se repiten sucesivamente a lo largo del devenir grupal. Con esto queremos decir que el emergente por sí solo no significa nada, que éste para serlo tiene que estar incluido en una cadena de significantes, en un proceso de significación. Esta falta de significación del emergente tiene alguna excepción, por ejemplo cuando lo decimos de un síntoma cuya significación es compartida en el grupo por varios miembros del mismo, en estos casos el emergente tendría este plus de significación.

Por otro lado, añadir que no nos parece riguroso señalar que el emergente puede ser un sujeto, ya que el emergente sería el enunciado o acto de ese sujeto, pero siempre y cuando sea un elemento que forme parte del discurso grupal; es decir, si está incluido en la cadena discursiva, si es un acto discursivo que representa a aquel sujeto que por su historia individual se ha hecho cargo de la dinámica y del latente grupal, como dijera Bauleo.

Nuestra hipótesis es que “el emergente es un acto discursivo”, y sólo lo es en asociación con otros actos discursivos, es decir, como elemento de un discurso articulado. Tratando de describir el emergente, diríamos que es una formación grupal, un acto discursivo que precisa entrelazarse con los otros emergentes/actos discursivos para serlo, en una combinatoria compleja, en una retícula de emergentes que van a remitir tanto al aquí-ahora como a la historia prospectiva y retrospectiva. Por tanto, la principal característica del emergente es que remite necesariamente a otros, es decir, es un elemento que ha de formar parte de una trama discursiva. Dicho con otras palabras, los emergentes como actos discursivos en su asociación e interrelación son los que permiten que advenga la significación; es decir, es su articulación a lo largo del devenir grupal lo que genera el proceso de significación. Es un proceso de simbolización que dará cuenta tanto del acontecer del grupo como de los sujetos que atraviesan la experiencia grupal.

Foladori (2012) a esta articulación la denomina “asociación en cadena de los emergentes”, que me parece de mucho interés; el problema es si lo entendemos como que la asociación en cadena lineal es la única que surge en el grupo. Creo que la manera en la que el grupo se maneja con la libre asociación es múltiple, y puede organizar diversas figuras además de las series lineales.

Los emergentes como formaciones grupales se conforman por la externalización de los grupos internos, y por las interrelaciones que se generan entre los miembros del grupo actual; por las múltiples identificaciones, las transferencias recíprocas, el intercambio de proyecciones, y los diversos afectos puestos en juego. Entre ellos, el más significativo es la angustia que nos muestra las líneas a seguir, pero en este trayecto también observamos otros afectos, como son las pasiones tristes y las paranoias, que son expresión de la precariedad del narcisismo de los sujetos.

Aunque decimos que el emergente, en general, es un acto discursivo, en ocasiones no corresponde a lo verbal, son gestos, ausencias, retrasos, tonos de voz, es decir, manifestaciones extraverbales que, como con los verbales, son emergentes siempre y cuando puedan incluirse en la cadena de asociación, en el discurso que produce la significación del acontecer grupal. Un ejemplo de este tipo de emergentes son los retrasos, las ausencias a las sesiones y las peleas entre las pacientes en los grupos de Trastorno Límite de Personalidad; todos ellos emergentes que nos muestran tanto sus dificultades para la simbolización, como su fragilidad, inestabilidad, falta de deseo y compromiso, todas ellas características de esta patología.

Nuestra función como analistas grupales es identificar estos emergentes, y observar cómo a través de la asociación libre grupal, unos remiten a otros; teniendo cuidado de no leerlos como signos preestablecidos ya que ello nos llevaría a errar en el análisis de los mismos. La “escucha” selectiva de las intervenciones de los integrantes, como si se tratara de un mensaje cifrado que tuviéramos que descifrar, es fundamental para llevar a cabo este análisis. Nuestra intervención ha de facilitar prioritariamente la asociación de los emergentes, ya que con nuestra escucha sostenemos la construcción grupal de esa red de emergentes, que a su vez es lo que permite la estructuración del grupo y lo que le da su potencialidad terapéutica. Sabiendo que esta potencia depende también de la función terapéutica de los integrantes, de su capacidad de aportar palabras, afectos y actos que sean fundamentales para la elaboración tanto del grupo como de su problemática personal.

Esta forma de entender el proceso tiene mucha relevancia a la hora de intervenir y orientar el tratamiento grupal, como analistas grupales nos centramos en la escucha de la asociación libre del grupo, en cómo se conectan los “dichos” de los integrantes. En cómo estos actos discursivos convergen y llegan en algunos momentos a la sincronización mostrando los emergentes nucleares, por ejemplo, la indignidad, la culpa y el dolor de existir en la melancolía; la falta de lugar en la estructura familiar en la esquizofrenia, o el abuso sexual y el maltrato físico y psicológico en los grupos de Trastorno Límite de Personalidad.

El analista grupal con sus intervenciones puntúa y hace puentes entre los decires de los sujetos en el aquí-ahora grupal; señala las asociaciones de estas

formaciones grupales para mostrar “lo latente” grupal y lo inconsciente individual. Estas intervenciones y puntuaciones posibilitan la elaboración del grupo y la producción de los puntos de inflexión en el proceso terapéutico.

Nuestra intervención/interpretación en los grupos terapéuticos ha de apuntar a un doble nivel, por un lado, a lo individual y, por otro, a lo grupal. Es decir, podemos empezar con una puntuación a lo individual para posteriormente hacerla extensiva al grupo, en función de los emergentes compartidos; o de modo inverso, apuntar a lo grupal para después señalar lo individual.

Este doble nivel de nuestra intervención, individual y grupal, lo mostramos a través del síntoma de una paciente que mostraba una voz aflautada. La paciente relataba que sus compañeras en el colegio la llamaban “voz de pito”, cuando hablaba en el grupo parecía un pajarito herido, pero su voz se transformaba en otros momentos grupales, en una voz ronca, y desagradable, en estas inflexiones de la voz mostraba el horror que había sido la relación familiar.

Los cambios extremos de la voz eran un síntoma, una metáfora de la agresividad y violencia existente en el seno familiar, la voz de pito era la metáfora de un cuerpo apaleado, de un cuerpo herido por los maltratos físicos del padre y de la madre. Era una metáfora del desamparo de la paciente y de la patología familiar, de lo siniestro de las relaciones familiares. La paciente odiaba su cuerpo y su voz, los padres le habían transmitido el odio hacia ella a través de sus palabras y actos, de esas palabras que la decían que era una persona merecedora del odio y del rencor. Vemos cómo el afecto manifestado a través de la palabra se hace cuerpo en ella y se transmite a través de su propia voz, de la que ella misma decía: “la odio”.

La vocecita/vozarrona como emergente era un signo y síntoma de la patología grave de la relación del grupo familiar. El emergente es síntoma si es una metáfora, si hay una condensación de significado. Lo que emerge en este emergente es el trauma reprimido, el trauma infantil, el trauma de ser tratado como un objeto al que maltratar. En este síntoma/emergente observamos como las palabras y los actos de estos padres han afectado el cuerpo y la voz de esta paciente; la voz es emergente, en este caso, signo, y metáfora del odio entre los padres. En la voz de pito se puede observar cómo el significante y los actos de los padres han afectado el cuerpo, los sentimientos, los sentidos y toda la percepción del mundo de la paciente.

En el grupo su voz además de ser emergente, de lo individual, de su historia familiar, también lo es de la dinámica grupal, ya que permite hablar a sus compañeras de la violencia familiar que la mayoría de las integrantes han sufrido. Hemos constatado que la violencia familiar es el emergente central de los grupos terapéuticos en los trastornos límite de la personalidad y lo mostramos en esta viñeta grupal, en la cadena de emergentes que surgen en “resonancia” con lo manifestado por quien habla con voz de pito. En esta cadena observamos el abuso, la violencia y el maltrato, también sexual, del que han sido objeto estas pacientes:

- *Mis padres discutían con violencia, se emborrachaban, se pegaban uno a otro, luego me pegaban a mí”.*
- *“Mi padre nos pegaba a todos y decía que no valíamos para nada”.*
- *Mi padre abusaba sexualmente de mi y mi madre miraba a otro lado”.*

- *“Mi madre me maltrataba, era un bicho; en las peleas con mi padre me ponía delante para que él no la pegara a ella; a los 14 años mi padre me dio tal paliza que me dejó inconsciente.”*

El último emergente de esta cadena nos da la clave para entender como se ha generado en esta paciente la “voz de pito”:

- *“Mi padre era alcohólico, nos pegaba a mi madre y a mí, con tres años me puso un cuchillo en el cuello, me pegaba con una correa de metal; recuerdo mi infancia siempre llorando”.*

Este emergente/síntoma nos muestra la violencia familiar, la agresividad del padre hacia la paciente, éste desde los 3 años le ponía un cuchillo en la garganta, y este acto vivido enmudecía su voz. La voz de pito de la paciente mostraba el terror y el miedo que le producía la relación con el padre. Estos actos de la figura paterna nos muestran su desintrincación pulsional, una fuerte pulsión de muerte del padre que actúa y violenta a la paciente, una pulsión de muerte que la transmite y que en ella se manifestará a través de sus múltiples intentos de suicidio.

3.- La “asociación en retícula de los emergentes”

Mostramos el material de un grupo terapéutico de personas diagnosticadas de Trastorno Límite de la personalidad para señalar cómo realizamos la asociación de emergentes. Se recogen cinco emergentes de dos sesiones grupales, dos años después de iniciado el grupo, y observamos a través de ellos las elaboraciones que el grupo va haciendo. Los emergentes iniciales dejan constancia de sus actuaciones más impulsivas, los intentos de suicidio que habían sido realizados en numerosas ocasiones por todas ellas, pura presencia de la pulsión de muerte. Mientras que en los finales, gracias a la elaboración grupal, pueden plantearse el interrogante sobre las posibles causas de ese pasaje al acto que durante mucho tiempo para ellas había sido un enigma.

La cadena asociativa se inicia con el emergente inicial de la primera sesión: “he hecho muchos intentos de suicidio”, éste se va deslizando y encadenando con los sucesivos emergentes hasta llegar a la pregunta por la causa que se observa en el último emergente de la segunda sesión: ¿Esto es una madre?, ¿Es una madre alguien que no protege a su hija de los abusos sexuales?.

Emergente 1 (“he hecho muchos intentos de suicidio”) al Emergente 2 (“tengo muchos conflictos con mis padres”), al Emergente 3 (“tengo discusiones continuas con mi madre”), al Emergente 4 (“soy muy dependiente de mi madre”), al Emergente 5 (“mi madre me ralla, se mete continuamente en mi vida”), al Emergente 6 (“para mi madre soy la escoria, me hace la vida imposible”), al Emergente 7 (“no puedo mirarme al espejo porque odio la imagen que veo, soy mi peor enemiga”), al Emergente 8 (“con 15 años me quedé embarazada, mi cuñado abusaba de mí desde los 12, no se lo conté a nadie, no me iban a creer”), al Emergente 9 (“se lo conté a

mi madre y no hizo nada”), al Emergente 10 (“¿Esto es una madre? ¿Es una madre alguien que no protege a su hija de los abusos sexuales?”).

Podemos observar cómo los emergentes, a través de mecanismos de identificación, se asocian en una cadena discursiva porque presentan elementos en común para varias integrantes del grupo. A través de la asociación de los emergentes explicitados por dos, tres o más miembros del grupo se organiza la red asociativa que se cierra en el emergente que muestra el latente grupal, en este caso el interrogante por la madre, la pregunta por lo que es una madre y la queja por el consentimiento materno. Este emergente final muestra la función de anudamiento, de cierre del discurso, y es el que da la significación a la elaboración del grupo.

En esta viñeta grupal observamos cómo las palabras, los “actos de discurso” se organizan y tejen en un discurso grupal gracias a las palabras del grupo orientadas por las intervenciones/interpretaciones del analista y observador grupal. Estos fragmentos se unen y conforman hilos más o menos gruesos que se entrecruzan y trenzan generando complejas cadenas asociativas, que producen un discurso grupal orientado por la verdad del grupo y de los sujetos. Estas palabras, estos discursos individuales compartidos conforman el discurso grupal que muestra la repetición de lo inconsciente, la compulsión e insistencia del mismo; pero también el surgimiento de nuevas significaciones y acontecimientos.

En la cadena asociativa observamos los emergentes generados por los diferentes grupos internos de los sujetos, que muestran la repetición de lo que insiste para hacerse presente, que a su vez se articulan con los nuevos emergentes producidos por el grupo real. Estos emergentes en sus entrecruzamientos progresivos y regresivos a lo largo del devenir grupal producen nuevos conocimientos sobre el acontecer grupal y de los sujetos. Dicho en otras palabras, la asociación de los emergentes, por un lado, incluye los pertenecientes al pasado, a los grupos internos de los sujetos, y por otro, a los nuevos emergentes que surgen del grupo actual.

Si hacemos una metáfora entre el emergente y las piezas de un puzzle; en el grupo cada integrante va aportando pequeñas piezas al puzzle, que permiten ir construyendo la historia de cada uno y la del grupo. Las piezas en su combinación van conformando ese discurso hablado por los integrantes, que en algunos momentos se hace grupal y es recogido y escrito por el observador para ser leído en la lectura de emergentes.

4.- Lectura de emergentes en dos grupos terapéuticos: en pacientes con melancolía y en grupos multifamiliares en patología esquizofrénica.

La lectura de emergentes es un aporte singular dentro de nuestra concepción, podríamos decir que es “emergente” del cambio en la metodología grupal, un cambio significativo en relación a otras teorías grupales. La intervención/interpretación en nuestra concepción teórica encuentra su mejor expresión en la lectura de emergentes, que es función del observador y un elemento terapéutico novedoso de

la teoría; bien realizada es uno de los mejores instrumentos, ya sea en su modalidad de lectura, interpretación o construcción.

La lectura de emergentes es uno de los principales factores terapéuticos en la metodología psicoanalítica operativa. Esta lectura se suele realizar una media hora antes de finalizar el grupo; en la misma, el observador trata de recoger lo más significativo acontecido a lo largo de la sesión grupal; esta lectura más o menos elaborada de los emergentes grupales es fundamental para la elaboración de los integrantes del grupo, y, para la reflexión posterior del equipo coordinador una vez finalizada la sesión grupal.

Para mostrar la importante función terapéutica de la lectura de emergentes recogemos el efecto que produce en un grupo de pacientes diagnosticados de melancolía con descompensaciones bipolares. Los integrantes desde el inicio habían estado relatando las ideas delirantes que habían tenido durante las crisis: “veía OVNIS, me sentía perseguido por la CIA y el KGB”, “pensaba que me estaba muriendo y la Seguridad Social me perseguía”; “pensé que era Napoleón, me creía que se paraba el mundo, “yo pensaba que era más importante que el rey”, “yo pensé que era Dios, que había muerto y resucitado”, “yo que era una enviada de Dios y que iba a arreglar el mundo”.

El efecto terapéutico de la lectura de emergentes lo constatamos en el asombro que les produce, y en el interrogante que se plantean: ¿Por qué la mayoría pensamos que somos Dios o la Virgen? a lo que una integrante responde: “mi primer brote fue después de la ruptura con un chico, pensé que era la Virgen, piensas en la Virgen, en Dios y en Jesús, quieres ver lo bueno, verte en un mundo de alucinación positivo; me creé un mundo en el que me sentía muy querida, estas son las ideas que nos han enseñado, en España somos muy religiosos”. En este último emergente observamos las dimensiones subjetivas/grupales/institucionales/sociales e históricas.

Por otro lado, la investigación de los nuevos emergentes surgidos después de la lectura de emergentes nos parece de gran interés. Es una vuelta más en el análisis y elaboración del material grupal que ha sido producido por los integrantes, las intervenciones del analista grupal y su potenciación por la lectura de emergentes del observador. El equipo coordinador, en el tiempo intergrupal, posibilitado por una mayor distancia, al no tener el grupo presente, analiza estos nuevos emergentes posteriores a la lectura. Pasado el instante de ver, observar, y leer los emergentes, reflexionan sobre el acontecer de esa sesión en su totalidad y en la significación para el grupo en su devenir.

Hemos observado que los emergentes son actos discursivos, y en ocasiones significantes, que emergen de los deseos, fantasías y angustias de los integrantes, ya que sus discursos están ligados al trauma. Se constata la importancia de las palabras de los padres, los efectos de los “dichos” y actos de las figuras significativas, de las figuras paternas que han determinado la existencia del sujeto hasta el punto de no permitir en algunos sujetos tener una identidad, ni un cuerpo, ni un nombre propio.

Para mostrar las dificultades para sostener un nombre propio aportamos los emergentes de un grupo multifamiliar que realicé hace años combinado con un

grupo de pacientes, sus hijos, que estaban diagnosticados de esquizofrenia. Mientras que en los pacientes con diagnósticos de Trastorno límite de Personalidad, la violencia, la agresividad y los abusos físicos y sexuales son emergentes nucleares y síntomas de la violencia del grupo familiar; en los grupos de esquizofrénicos la violencia se produce de otro modo, la guerra entre los padres es más soterrada, ha sido negada, y se mantiene oculta para el paciente.

Se observa que los sentimientos en esta patología están más disociados, la ambivalencia más marcada, el rechazo hacia la figura paterna y a los otros es fundamental, los afectos son más contradictorios y están desligados de las representaciones. La relación del hijo con los padres es de doble vínculo, una relación en la que se afirma y niega simultáneamente, una negación tanto de los dichos, como de los actos y afectos. La ambivalencia afectiva y la disociación entre el afecto y la representación queda velado para el sujeto que lo padece.

En esta breve viñeta grupal ha escogido tres emergentes en los que se muestra cómo las madres hablan del nombre de sus hijos en una sesión grupal; he elegido estos tres porque me parecen los más significativos, aunque los demás también apunten a similares modos de relación:

Madre de Quico: mi hijo se llama Francisco Antonio, mi marido quería Francisco y yo Antonio; ahora unos le llamamos Paco, y otros Antonio, aunque él desde niño nos insiste en que quiere que le llamemos Quico (modo en el que le nombrábamos en el grupo de terapia, a petición suya).

Madre de Javier: a mi hijo toda mi familia le llamamos Javi, su nombre es Gabriel, se lo puso su padre en el registro civil al nacer, pero yo no quiero llamarle Gabriel, si lo hiciera se asustaría.

Madre de Antonio: Le llamo Toñito, él quiere que le llame Antonio, pero yo no quiero llamarle con ese nombre porque así era como se llamaba mi marido; no me gusta y no quiero llamarle Antonio. Es un nombre importante en ambas familias, así se llamaba su padre, su abuelo paterno, y su tía paterna; también en mi familia era el nombre de mi padre, mi abuelo y mi abuela, que se llamaba Antonia.

Podemos observar a través de los emergentes que los padres no han podido ponerse de acuerdo en el nombre del hijo. La mayoría de las madres les nombran con el diminutivo, aunque el paciente haya expresado su deseo de que le llamen por su nombre completo. En otras familias, como en el segundo caso, la madre decide utilizar un nombre diferente al registrado por el padre en el registro civil; en otros, como en el primero, si es un nombre compuesto, constatamos que cada figura parental elige uno de ellos en contraposición al otro. Respecto al nombre compuesto referir el de una paciente que le habían puesto tres nombres, cada uno puesto por uno de los miembros de la familia, por un lado, los dos nombres de los padres que no habían logrado ponerse de acuerdo, y el tercero, puesto por el hermano mayor, con el que finalmente se identificó. En otros casos, la guerra entre los padres había motivado que el nombre fuera decidido por el padrino o por el cura, como en el caso de Sofía. En esta mujer es el cura, ya en la pila bautismal, quien decide el nombre, que a su vez, era el de la iglesia donde se celebraba el bautismo. Asimismo, el tercer caso nos permite observar que el nombre es transgeneracional, que el

nombre elegido es de las generaciones anteriores respondiendo al mandato familiar, aunque no pueda sostenerse ese nombre.

Estas contradicciones para nombrar a los hijos, estas dificultades para dar un nombre que su hijo pueda aceptar como nombre propio son expresión de las relaciones conflictivas entre los padres y, por tanto, de su imposibilidad para reconocer un lugar propio para el hijo, un lugar autónomo y separado de ellos. En estos emergentes observamos que el nombre propio en estos pacientes diagnosticados de esquizofrenia es totalmente ajeno al sujeto, es un nombre del que no han podido apropiarse porque los padres no les han dado un lugar como sujetos.

En sus contradicciones, peleas, rivalidades, y relaciones de dominio/poder, los padres no han podido reconocerse mutuamente ni acordar cómo nombrarles; no pueden dar un nombre con el que el hijo pueda identificarse para que forme parte de su propia identidad. En la imposibilidad para elaborar sus diferencias, por el contrario, se le ha ofrecido un nombre cargado de significaciones conflictivas. En esta patología observamos cómo la división irreconciliable de los padres se transmite y reproduce en el interior del paciente, hasta el punto de que éste sufrirá en su propio cuerpo este conflicto, que pagará con la división de sus pensamientos y afectos, es decir, con la fragmentación de su ser más íntimo.

El nombre en estos casos descritos es significativo y síntoma de los conflictos entre la pareja, es depositario de la relación ambivalente de amor/odio entre los padres. Aunque este emergente también nos muestra otras significaciones: las relaciones simbióticas entre los padres, y entre los pacientes y las madres; el rechazo del hijo de la figura paterna; el apego y la no separación de los padres con las familias de origen; el deseo arbitrario de la madre, etc. Estas diferentes significaciones se condensan en el nombre, en él se da un plus de significación que nos muestra que no se ha sido nombrado por el padre, que no se ha producido la entrada en el complejo de Edipo ni en la significación fálica, es decir, que falta el significante del Nombre del Padre.

El nombre propio es un emergente nuclear en la patología esquizofrénica y también en otras formas psicopatológicas graves, ya que el ser está ligado al nombre propio, como se observa que ante la pregunta del otro por ¿Quién eres?, se responde: “Soy yo, ó soy ... (el nombre)”. El nombre propio son las señas de identidad, pero debemos también tener en cuenta que el nombre propio no representa al sujeto, y que cuando uno se identifica plenamente al nombre y se olvida que es un nombre elegido por el Otro o los Otros también es problemático (Zaiczik).

El nombre con sus diversas significaciones es un enigma, ya que conlleva el deseo de los padres y sus modos de vincularse con los otros; por eso en nuestro trabajo tiene interés conocer cómo se ha realizado la elección, por qué y para quién se ha elegido el mismo. En nuestro trabajo hemos encontrado motivaciones diversas: el deseo de satisfacer a una de las familias o a alguna persona significativa para los padres; reemplazar al recién nacido por otro hijo o sustituir a un familiar que ha muerto, querer seguir con alguna tradición familiar o religiosa, y en este grupo concreto las dificultades para ponerse de acuerdo entre los padres para dar un único

nombre al hijo. Es de interés conocer estas motivaciones para quien recibe el nombre, ya que ello le permite ser consciente de la carga libidinal que éste ha tenido en su historia familiar. Como afirma Del Cristo, a través del nombre heredado, el sujeto puede ubicar algo del deseo de los padres representado en él, y los motivos que han tenido para nombrar así a sus hijos. Por otro lado, es preciso no olvidar que el nombre representa al sujeto gracias a los actos que realiza él mismo; es decir, que tiene existencia si es un nombre que se separa de lo que fue para el Otro.

Hemos seleccionado esta viñeta del nombre propio en un grupo terapéutico en la esquizofrenia porque nos parecía también un buen ejemplo para confirmar las palabras de nuestro maestro Pichon: el paciente es emergente del grupo familiar, es emergente de la enfermedad del grupo familiar.

5.- A modo de recapitulación

El grupo, a través de las combinatorias, por un lado, de los discursos intelectuales y afectivos de los integrantes y, por otro, de los discursos individuales y del grupo, genera unas formaciones grupales que denominamos emergentes, que muestran el “latente grupal” y el inconsciente individual. Estos emergentes muestran lo traumático, las huellas mnémicas que quedaron en lugar de las palabras, de aquellas palabras de las figuras significativas que dañaron e incluso mataron al sujeto, como decían los propios pacientes. Son huellas marcadas en el inconsciente y ausentes en la conciencia, en el caso de la neurosis, y rechazadas en la psicosis.

Los emergentes son “actos discursivos”, ya que en el acto de pronunciar las palabras también realizamos algún acto. Con menos frecuencia los emergentes son extraverbales, son hechos que se repiten (presencias, ausencias, retrasos, gestos y tonos de voz) que aparecen una y otra vez, como aquella paciente que en su tono de voz mostraba en su cuerpo los efectos de los actos discursivos de sus padres; la manera en la que le afectaron aquellas palabras y actos (“el cuchillo en la garganta”) en su voz, en un período de su vida en la que el sujeto está marcado por el desamparo, que es la infancia.

El analista y observador grupal es quien detecta, asocia, señala, puntúa e interpreta los “emergentes”, a partir de las palabras, frases, lapsus, síntomas y sueños de los sujetos, realiza intervenciones que permiten establecer nuevas conexiones y relaciones en los relatos y acciones realizadas por los integrantes, lo que propicia nuevos modos de relación con los otros que ayudan a una mejor elaboración de la tarea.

Estas formaciones del “latente grupal” muestran, por un lado, la repetición y, por otro, la novedad que surge a través de la cadena de asociaciones. El equipo coordinador con su atención flotante apunta al foco de ansiedad común, y a la discontinuidad del acontecimiento, a la latencia que insiste en ser significada en el aquí - ahora del grupo; pero es preciso saber soportar también el fuera del sentido, el real que aparece, y que apunta a lo pulsional, y a los diversos modos de goce de los sujetos.

La asociación reticular de los emergentes permite conocer la estructura y dinámica, lo sincrónico y diacrónico, el aquí y ahora del grupo y los múltiples aquí-

ahora que acontecen en el devenir grupal. Los emergentes como actos discursivos, metafóricamente hablando serían como puntos de luz y apoyo que nos muestran el camino del “latente grupal”, pero siempre en la superficie del decir de los integrantes. Por otro lado, es preciso insistir en que los procesos de cambio, por su complejidad, a veces no pueden ser comprendidos por estos actos de discurso asociados que han surgido en los diversos tiempos grupales, y en los diversos aquí-ahora grupales de cada sesión a lo largo del devenir grupal (S1-S2-S3...-Sn).

Para terminar, hacer hincapié en que los emergentes como formaciones grupales son la producción más singular de cada grupo; y es en sus entrecruzamientos y trenzamientos, en su asociación múltiple, como dan cuenta de la complejidad del devenir grupal. Los emergentes grupales marcan los nudos y puntos de inflexión, los “nudos” que anudan el discurso del grupo y los puntos de inflexión que generan giros inesperados y hechos que cambian la vida del grupo.

BIBLIOGRAFIA

- AUSTIN, J.L., 1955, “Cómo hacer cosas con palabras”, Edición Electrónica de <http://www.philosophia.cl>, Escuela de Filosofía Universidad Arcis, internet.
- BAULEO A., DE BRASI, M., “Subjetividad y Participación”, Rev. Clínica y Análisis Grupal 2000, nº 83.
- BAULEO, A., Ideología, grupo y familia, Ed. Kargieman, Buenos Aires, 1974.
- BAZ, M., “Análisis del discurso grupal: una propuesta desde la psicología social”, 1994, II Foro Departamental de educación y comunicación, Psicología, internet.
- BERSTEIN, M., “Contribuciones de Enrique Pichón Rivière a la psicoterapia de grupo” en ÁVILA. A., Manual de Psicoterapia de Grupo Analítico-Vincular, Quipú Ediciones, Biblioteca Nueva, 1992.
- BLEGER, J., Temas de Psicología, entrevista y grupos, Ed. Nueva Visión, Buenos Aires, 1971.
- CAPARRÓS, N., Teoría y práctica de grupos operativos, Psicología y Sociología del grupo. Ed. Fundamentos, Madrid, 1975.
- CASTRILLO MIRAT, D., Inconsciente y lenguaje, sin publicar.
- DEL CRISTO SÁNCHEZ, Y., ¿Qué puede representar el nombre propio para la Psicología?, monografias.com psicología, internet, 2006.
- FOLADORI, H. “La verticalidad del coordinador de grupo”, Rev. La silla del coordinador, revista de psicología social comunitaria, 2012, internet.
- GAMO MEDINA, E., GÓMEZ ESTEBAN R., coordinadores de *Grupos Terapéuticos y Asistencia Pública*, Madrid, AEN, 1997.
- GEAR y LIENDO, Psicoterapia de la pareja y del grupo familiar, Ed. Nueva Visión, 1974.
- GINER PONCE, X., “Algunas anotaciones sobre Actos de habla de John Searle” en Trauma y Discurso, Estudios Psicoanalíticos 4, Miguel Gómez Ediciones, Málaga, 1998.

GÓMEZ ESTEBAN, R., "Algunos aspectos y conceptos de clínica grupal", en la Concepción Operativa de Grupo, Madrid, Ed. AEN, 1990.

GÓMEZ ESTEBAN, R., "Trastorno bipolar/ Psicosis maniáco-depresiva o psicosis melancólica bipolar, tratamiento con psicoterapia grupal psicoanalítica combinada con psicofármacos" en GÓMEZ ESTEBAN R., RIVAS PADILLA E., coordinadores de *La integración del psicoanálisis en la sociedad de nuestro tiempo*", Madrid, AEN, 2007.

GÓMEZ ESTEBAN, R., "Factores terapéuticos en la psicoterapia de grupo", en Ceverino, A., coord., Salud mental y terapia grupal, E Grupo 5, 2014

GUATTARI, F., Psicoanálisis y transversalidad. Ed. Siglo XXI, Buenos Aires, 1976.

JASINER, G., *Coordinando grupos, una lógica para los pequeños grupos*. Buenos Aires, Lugar Editorial, 2007.

KESSELMAN, H., El misterio de la dinámica grupal, Lo grupal 2, Ed. Búsqueda, Buenos Aires, 1985.

LIPPER, N., "La crónica de observación", Rev. La silla del coordinador, 2012, internet.

PAMPLIEGA DE QUIROGA, A., Crisis, procesos Sociales, sujeto y grupo, desarrollos en Psicología Social a partir del pensamiento de Enrique Pichón-Rivière, Buenos Aires, Ed. Cinco, 1998.

PICHÓN RIVIÉRE, E., El proceso grupal, Ed. Nueva Visión, Buenos Aires, 1975.

SCHERZER, A., Emergentes de una psicología social sumergida, Ed. de la Banda Oriental, Montevideo, 1987.

ZAICZIK, C., "Del ser al nombre propio", Jornadas Aniversario "30 años de Escuela (1974-2004)", Escuela Freudiana de Buenos Aires, julio de 2004, internet.